

HISTORIA EN FORMA DE AMISTAD

HABIA sido toda su vida un hombre inútil. Tenía un rostro acabadamente redondo, que se acentuaba con su cabeza pelada al rape, como si hubiera tenido el tifus, y con una expresión de payaso inmensamente triste. En el colegio, cuando el profesor le llamaba, se levantaba muy despacio, asustado, y el profesor tenía que repetirle siempre la pregunta. Pero él permanecía en silencio, de pie, sin que un solo poro de su piel denunciara haberla entendido. Luego, cuando pasaban algunos minutos, respondía algo con una voz insegura, lastimera, que jamás se correspondía mucho con la pregunta. Nosotros nos reíamos y él volvía a sentarse en silencio, mirándonos con sus ojos redondos muy abiertos. Nos miraba sin comprender de qué nos reíamos, tristemente, con una trágica fidelidad. Así, en silencio, casi escondido, permanecía en todas las clases buscando que aquél y todos los profesores se olvidaran de él. Después, en el recreo, jugábamos al balón y él era el último a quien escogíamos. Le decíamos: «Tú, Julio, te pones ahí de estorbo». Y Julio se ponía allí, sin apenas moverse del sitio, y cuando alguna vez le daba al balón todos prorrumpíamos en una salva de gritos y risas. Sin embargo, mirándonos siempre con sus ojos fielmente, él se alegraba, sonreía tímidamente, se daba cuenta de que le hacíamos caso.

Estoy seguro de que cuando terminamos el bachillerato lloraría de tristeza. Estuvo en la comida de despedida del Colegio y casi no comió, se pasó todo el tiempo mirándonos uno a uno y tenía sus ojos teñidos de una inmensa tristeza que gobernaba su timidez. Cuando terminamos el postre, mientras nos iban sirviendo el café, cada uno de nosotros dijo algunas



frases. Al llegar su turno no quiso hablar, se escondió asustado, como en las clases, como en la vida. Pero el compañero que estaba a su lado le obligó a levantarse y todos le insistimos. Tenía una voz distinta, más mojada en la tristeza que nunca. Apenas balbuceó: «Yo... yo siento mucho que os vayáis». Lo dijo profundamente convencido de que ya la vida no era para él, que no podría luchar como nosotros. Únicamente dijo aquellas palabras, sin apartar sus ojos de la mesa, y volvió a sentarse. Quizás fuera entonces cuando nos dimos cuenta de que le queríamos y le aplaudimos como no habíamos aplaudido a ninguno.

En los veranos, después del curso, regresábamos a la ciudad, y él corría a buscarnos. Aparecía con sus ojos redondos llenos de alegría, como si en todo el invierno no hubiera hecho otra cosa que esperarnos. Ninguno sabíamos cómo se enteraba de nuestra llegada, pero siempre, a la mañana siguiente, llamaba a nuestras puertas y, tímidamente, decía: «Me alegro mucho de que estés aquí». Después se callaba, no decía más, esperaba que le preguntáramos por cualquier cosa de la ciudad. Pero era un hombre inútil, un hombre que no servía para nada.

Lo habían colocado en una tienda y el dueño, después de comprobar que era el dependiente más honrado que había tenido, tuvo que pasarlo al almacén. Allí empaquetaba cosas, barría, pasaba notas y no parecía tener otra aspiración que esperarnos. No ganaba mucho y tampoco su madre le exigía más. Su madre —sólo eran él y su madre— tenía el mismo rostro que Julio, aunque la vida (se había casado, había tenido un hijo, había muerto su marido en la guerra) logró sembrarle una expresión en sus facciones y pudo animarle con una experiencia sus ojos. Algunas veces, cuando, paseando, acompañábamos a Julio hasta su casa, aquellos ojos de madre parecían cargarse de palabras agradecidas. Sacaba de algún tiempo lejano y oculto una sonrisa que colocaba en sus labios y nos la ofrecía en agradecimiento. Creo que, como Julio, era incapaz de reaccionar. Pero había una alegría en aquella mirada suya intensamente triste, intensamente señalada por el dolor y la frustración. ¿Habrían soñado aquellos ojos, como los de otras madres análogamente solas, en un hijo levantado sobre la tristeza, aupado en algo grande sobre la soledad? Pero aquellos ojos únicamente decantaban su profundo amor y aceptación de Julio, de aquel niño que había ido creciendo entre las burlas de los niños de la calle, de nosotros mismos, hasta tararlo en hombre inútil. Ni siquiera era



rico, ni siquiera tenía dinero apetecible para disfrazar una boda provinciana.

Muchas tarde, en los veranos, nos íbamos a una casa de la playa a jugar a las cartas. Nos reuníamos seis o siete amigos y estábamos jugando al poker hasta que oscurecía. Esas tardes, casi todas, Julio le pedía permiso a su jefe y se venía con nosotros. Vivía más allá de la Estación y, cruzando las vías del tren, llegaba corriendo hasta la casa. Allí nos esperaba. Cogía una silla alta y se acercaba a la mesa para vernos jugar. De vez en cuando le preguntábamos: «¿No te aburres de vernos?». Y él movía rápidamente la cabeza en sentido negativo. No dudaba un instante, respondía en seguida, para que no tuviésemos la más mínima sospecha de que estaba muy contento. Alguna vez le preguntamos que si quería jugar y, sonriendo agradecido, dijo que no.

En aquellas tardes, casi todo el tiempo, no hablábamos casi de otra cosa que del juego. Igual que a la salida, mientras caminábamos hacia la ciudad. Pero otras veces hablábamos, y mentíamos, sobre nuestras aventuras en Granada, en Murcia, en Madrid... en aquellas capitales donde estudiábamos. Contábamos grandes aventuras —ahora ya muy pequeñas— en las que cada uno de nosotros venía a ser un heroico protagonista. Eran aventuras que Julio absorbía y que dejaba crecer desmesuradamente. Y nos escuchaba atentamente, como si intentase apresar todas las palabras para llevárselas consigo al almacén y allí empaquetarlas, como los objetos, y luego, en el invierno, sacarlas, y vivir con ellas hasta un nuevo verano. De todas cuantas ocasiones tenía de estar con nosotros, aquellas de la casa de la playa eran las que más le agradaban. Quizás fuera porque entonces, distraídos en el juego o en aquellas aventuras, casi nos olvidábamos de él y él nos tenía más cerca, nos podía observar sin tener que preocuparse de que sintiéramos su presencia.

Hacia algunas tardes que no lo veíamos, que no estaba allí, frente a la casa de la playa, esperándonos. La sexta o séptima tarde, uno de nosotros dijo: «¿Qué le pasará a Julio?». Pero seguimos echando cartas. Realmente era sólo al principio, antes de comenzar la partida, cuando notábamos su ausencia. Y pasaron más días sin que al llegar a la casa de la playa nos encontráramos sus ojos redondos mirándonos fijamente y su boca abierta en una sonrisa quieta, muerta, dispuesta a permanecer horas y horas colocada en su rostro sin ningún movimiento.

Un oscurecer, al llegar a la ciudad, preguntamos por Julio. Nos dije-



ron: «Está en el Hospital». «¿En el Hospital?». «Sí, han tenido que amputarle una pierna». Entonces, no sabíamos por qué, Julio empezó a crecer en nosotros.

No sé si fue Fernando o Gaspar quien se enteró el primero y nos lo dijo. Al cruzar las vías, camino de la casa de la playa, vio a un niño jugando cerca de las traviesas y un tren mercancías que se aproximaba. Ni siquiera la madre del niño sabía cómo sucedió. Ni siquiera los empleados de la Estación podían comprender que aquello hubiera sucedido, que Julio se hubiera dejado una pierna entre las ruedas del tren. Cuando fuimos a verlo al Hospital, estaba en la cama, con su rostro de siempre, con sus ojos redondos mirándonos fijamente, pero con una sonrisa distinta, más viva y feliz. Tenía cerca a un niño de unos cuatro años que no hacía más que mirarlo. Miró al niño y después volvió a mirarnos satisfecho, comprendiendo que aquel niño no nos había mirado a ninguno de nosotros, sólo a él. Extendió su mano hasta llegar a sus cabellos, revolviéndoselos. Al preguntarle la enfermera si le dolía algo, él movió rápidamente la cabeza en sentido negativo, la movió mucho más rápidamente que, cuando, jugando, le preguntábamos que si no se aburría. No podía dolerle nada, era imposible. Había sido toda su vida un hombre inútil y ahora tenía aquella mirada del niño en él. Sonreía, había aprendido a sonreír.

Desde entonces, todos los veranos, cuando llegábamos a la ciudad, íbamos a verle a su casa. No faltábamos nunca e, incluso, jugábamos muchas veces allí a las cartas. Y él sonreía, sabía ya sonreír, y nos contaba algo, recordaba ésta o aquella clase del colegio y hasta sus ojos no eran tan redondos. Cada año, cuando el sol golpeaba el verano en sus ventanas, comenzaba a esperarnos, nos tenía preparada su frase de llegada y su amistad. Cada verano. Ahora él sabe que cuento esta historia porque hace algunos años que no he podido ir a la ciudad.

